

INTRODUCCIÓN

La vigilancia constituye una dimensión clave en el mundo moderno y en muchos países la gente es muy consciente de la manera en que la vigilancia afecta a sus vidas. Las cámaras están a la vista en muchos lugares públicos no sólo en Londres y en Nueva York, sino también en Nueva Delhi, Shanghái y Río de Janeiro. Los viajeros de todos los aeropuertos son conscientes de que no sólo tienen que superar el control de pasaportes del siglo xx, sino que también tendrán que pasar por aparatos nuevos como escáneres corporales y controles de biométricos, que han proliferado desde el 11-S. Por otra parte, si bien todos estos controles tienen que ver con la seguridad, otros medios de vigilancia, presentes en las compras sencillas o en el acceso *on-line* o la participación en una red social, adquieren cada vez mayor presencia. Tenemos que mostrar nuestro documento de identidad, escribir contraseñas y utilizar códigos en diversos contextos, desde comprar en la red hasta para entrar en un edificio. Cada día Google apunta nuestras búsquedas y adapta rápidamente sus estrategias de marketing en función de éstas.

Pero ¿qué significa todo esto desde el punto de vista social, cultural y político? Si empezamos hablando de las nuevas tecnologías o de su regulación, conseguiremos tener una visión global del fenómeno, pero ¿lo comprenderemos?

Sin duda, resulta imprescindible tener una idea de la magnitud y de la rápida expansión que ha experimentado el procesamiento de datos si queremos apreciar la aparición de la vigilan-

cia en todo su significado. Y conocer en qué medida esta vigilancia afecta a las posibilidades y a las oportunidades vitales de la gente debería redoblar los esfuerzos para ponerle freno. Pero esta conversación quiere ir más lejos, pretende llegar a un nivel más profundo y mostrar los orígenes occidentales históricos de la vigilancia actual y poner de manifiesto las dudas que plantea su expansión, tanto desde el punto de vista ético como político.

La vigilancia ha sido un tema recurrente en el trabajo de Zygmunt Bauman durante varias décadas, y muchas de sus observaciones revisten, en mi opinión, un gran interés para aquellos que intentan comprender y responder a la vigilancia en la actualidad.

En la primera década del siglo XXI Bauman adquirió notoriedad por sus reflexiones sobre la aparición de la «modernidad líquida»; exploraremos aquí en qué medida este marco es útil a la hora de considerar el papel contemporáneo de la vigilancia. Pero el otro tema recurrente en el análisis de Bauman es el énfasis en la perspectiva ética, y sobre todo en la Ética del Otro. ¿En qué medida nos permiten estos conceptos tener una visión crítica de la vigilancia en la actualidad?

¿VIGILANCIA LÍQUIDA?

«La vigilancia líquida» no es tanto una manera integral de definir la vigilancia como un medio de orientarnos y de situar los cambios en la vigilancia dentro de la fluida e inquietante modernidad actual. La vigilancia se ha difuminado especialmente en la esfera del consumo. Las antiguas amarras se aflojaron a medida que los bits de datos personales extraídos para un propósito determinado se utilizaban con creciente facilidad para otros distintos. La vigilancia se está así desplegando en unas

formas hasta ahora inimaginables, respondiendo a la liquidez y reproduciéndola. Sin un objetivo fijo, pero presionada por las exigencias de la «seguridad» y pasada por el prisma de la insistente publicidad de las empresas de tecnología, la vigilancia se esparce por doquier. La idea de modernidad líquida de Bauman sitúa la vigilancia en una nueva perspectiva, y ofrece una visión sorprendente del modo específico en que se desarrolla esta vigilancia, a la vez que proporciona algunas pistas interesantes sobre cómo pueden afrontarse y contrarrestarse sus peores efectos. Por supuesto, ésta es mi visión de la situación. Lo que piensa sobre esto Zygmunt Bauman quedará claro en nuestra conversación...

Se acepta mayoritariamente que la vigilancia es una dimensión central de la modernidad. Pero la modernidad no es una imagen fija. También tenemos que preguntarnos: ¿de qué tipo de modernidad estamos hablando? La situación actual puede ser descrita como de «última» modernidad, posiblemente «posmodernidad» o, de manera más ilustrativa, como de modernidad «líquida». Zygmunt Bauman sugiere que la modernidad se ha *licuado* de nuevas y variadas maneras (superando la idea de Marx y Engels de la primera modernidad de que «todo lo sólido se desvanece en el aire»). Este hecho se aprecia de dos maneras.

En primer lugar, todas las formas sociales desaparecen a mayor velocidad de la que se establecen las nuevas. No pueden mantener su forma o asentarse como marcos de referencia de las acciones humanas y de las estrategias vitales debido a que tienen una vida útil muy corta. ¿Es esto aplicable a la vigilancia? Algunos teóricos han puesto de manifiesto la manera en que la vigilancia, aparentemente sólida y fija, se volvió mucho más flexible y móvil, filtrándose y extendiéndose a numerosos ámbitos de la vida a los que antes apenas afectaba.

Gilles Deleuze introdujo la idea de «sociedad de control»,

en la que la vigilancia crece no tanto como un árbol —de manera relativamente rígida, en un plano vertical, como el diseño panóptico—, sino más bien como una planta trepadora.¹ Como observaron Haggerty y Ericson, y siguiendo la idea de Deleuze, el «entramado de vigilancia» captura flujos de lo que se podría llamar «un cuerpo de datos», convirtiéndolos en unos «datos dobles» altamente fluidos y móviles.² William Staples también ha destacado que la vigilancia actual se produce en culturas «caracterizadas por la fragmentación y la incertidumbre, en las que los sentidos tradicionales, los símbolos y las instituciones de la vida moderna *se disuelven* ante nosotros».³ Así, todos los vínculos, las estructuras y todo lo estable se vuelve líquido.

Bauman acepta que el método panóptico fue un medio clave para mantener el control, al impedir el movimiento de los reclusos y facilitar el de los vigilantes. Pero seguía siendo necesario que los vigilantes estuvieran presentes en algún momento. Sin duda, una prisión según el diseño panóptico era un proyecto caro. Fue diseñada para facilitar el control por medio de la disposición semicircular de las celdas con un «inspector» en el centro, que podía ver dentro de ellas pero que, oculto tras una persiana, no era visible para los reclusos. Esto implicaba que el inspector asumía cierta responsabilidad por la vida de los reclusos. El mundo actual, afirma Bauman, es post-panóptico.⁴ Los inspectores pueden desaparecer, o instalarse en reinos inalcanzables. El compromiso mutuo ya no existe. La movilidad y el nomadismo tienen ahora un precio (salvo para los pobres y los sin techo). Y lo pequeño, lo ligero y lo rápido es visto como bueno, al menos en el mundo de los iPhones y de los iPads.

El modelo panóptico es sólo un modelo de vigilancia.⁵ El entramado de tecnologías electrónicas sobre el que se constituye el poder de las organizaciones mutantes y móviles de hoy en día ha convertido a la arquitectura de paredes y ventanas en

algo redundante (salvo en el caso de los *firewalls* y las «ventanas»). Han aparecido formas de control que agrupan perspectivas muy diversas. No sólo no tienen una conexión obvia con la idea de encarcelamiento, sino que con frecuencia también comparten los rasgos de flexibilidad y diversión propios del entretenimiento y del consumo. La facturación antes del vuelo puede hacerse por medio de un *smartphone*, incluso aunque en los intercambios internacionales sea imprescindible el PNR (*passenger name record*, registro del nombre del pasajero), que es generado por la reserva originaria (que a su vez también pudo haber sido realizada desde un *smartphone*).

Desde esta perspectiva, la disciplina y la seguridad están relacionadas, algo que Foucault no supo reconocer. Foucault insistió en su separación a medida que sus conexiones (electrónicas) se hicieran más evidentes. La seguridad se ha convertido hoy en día en un negocio que trata del futuro —descrito con acierto en la película y la novela *Minority Report* (2002)—, y se apoya en la vigilancia con el objetivo de controlar aquello que *pasará*, usando técnicas digitales y la lógica estadística. Como apuntó Didier Bigo, este tipo de seguridad opera rastreando «todo lo que se mueve (productos, información, capital, humanidad)». ⁶ Así pues, la vigilancia opera a una distancia en el espacio y en el tiempo, circulando de manera fluida por los Estados-nación, aunque más allá de éstos, en un espacio globalizado. La confianza y las recompensas acompañan a esos grupos móviles para los cuales este tipo de técnicas aparecen como «naturales». En cambio para aquellos grupos que tengan la mala suerte de ser considerados como «no bienvenidos» se aplicarán procedimientos de análisis de perfiles y medidas de exclusión.

En segundo lugar, y en relación con esto, el poder y la política se están separando. El poder actual existe en el espacio global y extraterritorial, pero la política, que tiene que unir los intereses públicos y privados, sigue siendo local, e incapaz de

actuar a un nivel planetario. Sin control político, el poder se convierte en una importante fuente de incertidumbre, mientras que los políticos se vuelven irrelevantes para responder a la mayor parte de los problemas y temores de la gente. El poder de la vigilancia, tal como lo ejercen la administración, los estamentos policiales y las corporaciones privadas, encaja en esta descripción. Incluso las fronteras nacionales, que antes tenían un emplazamiento geográfico —aunque arbitrario— están ahora en aeropuertos, alejados de los «límites» del territorio y, de manera aún más significativa, se encuentran en las bases de datos, que pueden no encontrarse siquiera «dentro» del país en cuestión.⁷

Siguiendo con este ejemplo, el tema de las fronteras móviles provoca una gran incertidumbre en muchas personas. Es ese momento de ansiedad que uno siente al caminar por el aeropuerto, sin saber exactamente en qué jurisdicción se encuentra o quién puede estar leyendo sus datos personales, especialmente aquellos que pertenecen a una población sospechosa. Y si tiene la mala suerte de ser detenido o descubre que ha sido incluido en una lista de personas que no están autorizadas a volar, le resulta difícil saber qué debe hacer. En este marco, los posibles cambios políticos que consiguieran, por ejemplo, hacer que los viajes necesarios fueran más sencillos constituyen una meta desesperadamente lejana.

La confusión de las formas sociales y la separación entre el poder y los políticos son dos elementos clave de la modernidad líquida que tienen conexiones obvias con la vigilancia, pero vale la pena mencionar dos de estas conexiones. La primera es la relación mutua que existe entre los nuevos medios y la fluidez de las relaciones personales. Si bien algunas voces critican esas redes por su efecto de fragmentación social, Bauman entiende que su efecto es de doble sentido. Sugiere que las redes sociales son más bien un producto de la fragmentación social, y no sola-

mente —o necesariamente— lo contrario. Bauman afirma que en la modernidad líquida el poder debe ser libre para fluir, y las barreras, las fronteras y los puntos de control son un obstáculo que debe ser superado o eludido. Para ello necesita expurgar las densas redes que forman los vínculos sociales, que existen fundamentalmente dentro de los límites de un territorio. Para él, es la fragilidad de estos vínculos la que permite que se imponga el poder.

Aplicado a las redes sociales, ésta es una propuesta controvertida, porque muchos activistas ven un gran potencial de solidaridad social y de organización política en los tuits y los mensajes electrónicos. Pensemos, por ejemplo, en el movimiento Occupy, la expansión de la protesta del llamado 99 por ciento contra el privilegio y el poder del 1 por ciento en los países más ricos, o en la primavera árabe, en 2011. Sin embargo, es preciso observar este espacio más atentamente, sobre todo porque *ya* está vigilado. La existencia de las redes sociales depende de su capacidad para observar el comportamiento de los usuarios y vender esos datos a otros. Las posibilidades de resistencia en una red social son atractivas y en algunos casos pueden ser eficaces, pero también tienen límites: en primer lugar debido a la falta de recursos para establecer relaciones personales en un mundo líquido, y en segundo lugar por el poder de la vigilancia *dentro* de esos medios de comunicación sociales, que es endémico y muy poderoso.

Por último, cabe destacar una segunda conexión que se manifiesta en el hecho de que los tiempos líquidos presentan importantes desafíos a cualquiera que quiera actuar de manera ética, especialmente en el mundo de la vigilancia. El reconocimiento que hace Bauman de la incertidumbre como una constante del mundo líquido moderno pone de manifiesto el problema. Y su inteligente mirada, que cuestiona las regulaciones y las normas inútiles, se manifiesta en su énfasis en el significado

del encuentro real con el Otro. Asumir nuestras responsabilidades ante los demás seres humanos es su punto de partida.

Dos problemas éticos se plantean, pues, frente a la vigilancia. El primero es la preocupante tendencia hacia lo que Bauman llama «adiaforización», en la que los sistemas y los procesos se alejan de cualquier consideración moral.⁸ «No es mi departamento» sería la respuesta burocrática arquetípica ante los requerimientos sobre la rectitud moral de un juicio o una recomendación oficial. El otro problema está en que la vigilancia agiliza el proceso de hacer cosas a distancia, y de separar las personas de las consecuencias de sus acciones. Así, los controles fronterizos aparecen automatizados, desapasionados, incluso cuando niegan la entrada a la persona que pide asilo pero procede del grupo étnico «equivocado», cuya vida está en peligro si es devuelta a su país.

Otra vertiente de la adiaforización que produce la vigilancia es la manera en que los datos de la persona (como los biométricos, o el ADN) o los datos que produce el propio individuo (como usar una contraseña o una tarjeta de acceso, o mostrar el documento de identidad) son integrados en bases de datos para ser procesados, analizados, relacionados con otros datos, y expulsados de nuevo como «datos dobles». La información que representa una persona se construye con «datos personales» sólo en el sentido de que surge del cuerpo de una persona y afecta a su vida y a sus decisiones. Los datos duplicados fragmentados tienden a tener más credibilidad que la propia persona, que prefiere contar su propia versión de los mismos. Los diseñadores de *software* dicen que ellos simplemente «manejan los datos», por lo que su papel es «moralmente neutro» y sus opiniones y discriminaciones son solamente «racionales».⁹

PIENSA EN LÍQUIDO

Así pues, ¿en qué medida la noción de modernidad líquida —y de vigilancia líquida— nos ayuda a entender lo que está ocurriendo en el mundo del seguimiento, el rastreamiento, los criterios de búsqueda, la comprobación de datos y la observación sistemática que es la vigilancia? La respuesta es «el contexto». Es fácil considerar la expansión de la vigilancia como un fenómeno tecnológico o como algo asociado al «control social» o al «Gran Hermano». Pero al hacerlo se pone todo el énfasis en las herramientas y en los tiranos, y se ignora el espíritu que mueve a la vigilancia, las ideologías que la promueven, las circunstancias que la hacen posible y la gente normal que la acepta, la cuestiona o que decide que, si no puede ganarle, se unirá a ella.

La opinión más extendida sobre la vigilancia entiende estos desarrollos como un efecto del progreso acelerado de la tecnología, que coloniza cada vez más ámbitos de nuestra vida y deja intactas cada vez menos áreas «indígenas» con una existencia «privada». Así, desde el ubicuo código de barras que identifica varias clases de productos como del mismo tipo o procedentes de la misma planta, avanzamos hacia los chips de identificación por radiofrecuencia (RFID), que ofrecen identificadores únicos para cada producto individual. Pero no sólo se usan con los productos. Los RFID también se usan en los pasaportes, y en la ropa, y los datos que producen pueden ser conectados sin dificultad con el titular del pasaporte o el que lleva esa prenda. Al mismo tiempo, otros dispositivos, como los códigos de QR (*quick response*, respuesta rápida), matrices de puntos que pueden ser escaneadas con un *smartphone*, aparecen en muchos productos, en etiquetas, y también en la ropa (en un principio éstos se desarrollaron para acelerar la cadena de abastecimiento). Póngase una pulsera de silicona con un QR como un acce-

sorio de moda y susurre: «Escanéame». Se abrirá una página web con sus datos de contacto, los medios sociales en los que se mueve y todo lo demás. Usted es un hipervínculo humano.

Los habitantes del mundo de la modernidad «sólida» reconocerán, y quizá aplaudirán, la idea de los códigos de barras como un medio eficiente para catalogar existencias. Se trata de la racionalización burocrática expresada perfectamente en un dispositivo tecnológico. Pero las RFID tienen más que ver con un mundo al que debemos prestar más atención, que no solamente clasifica y vende productos, sino que también averigua exactamente dónde están esos productos en cualquier instante, utilizando un sistema de organización «al momento». El mero inventario no sirve. Se necesita *kanban* (como lo llaman los japoneses), que nos dice que la cosa correcta está en el lugar adecuado justo a tiempo. ¡No debe sorprender que la idea funcione tan bien al transferirla al mundo de la seguridad!

Pero mientras en el mundo moderno sólido algunos aprobaron la posibilidad de conocer detalles personales para asegurar que la gente correcta estuviera en el lugar correcto en el momento correcto, ¿quién habría imaginado (en un mundo moderno sólido) que esos detalles se harían públicos para conocimiento de cualquiera? Mientras que las RFID sirven para situaciones en que se requieren datos constantemente, las nuevas aplicaciones QR están pensadas para un mundo en el que las personas comparten activamente sus datos. Las RFID, por ejemplo, controlan los flujos a través de las fronteras, y los filtran para facilitar el tránsito a ciertos bienes y personas antes que a otros. Pero los nuevos QR, aunque siguen controlando datos, intentan minimizar las fricciones del consumo compartiendo información sobre acontecimientos, oportunidades y, probablemente, personas. Y su atractivo es el reflejo del moderno contexto líquido.

¿Y qué hay del control social, del Gran Hermano de Geor-

ge Orwell? Si la vigilancia no se debe sólo al creciente protagonismo de las nuevas tecnologías, ¿se debe entonces también a la manera en que está repartido el poder? La metáfora más común para la vigilancia, al menos en Occidente, es sin duda la del Gran Hermano. Cuando el Gobierno y la Administración son dominadas por una sola persona o un partido, y éste utiliza el aparato administrativo con sus archivos y datos como un medio de control total, hablamos de Gran Hermano. La obra *1984* de Orwell —como ya dije alguna vez— es una advertencia, en el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, sobre el potencial totalitario de las democracias occidentales: el Estado ha llegado a ser absorbido patológicamente por su propio poder y está íntimamente implicado en el control cotidiano de las vidas de sus ciudadanos». ¹⁰

Pero aunque la metáfora de Orwell es irresistible (y su propio compromiso con la «decencia» humana como antídoto también lo es), se pueden citar otras. La descripción de Franz Kafka de los poderes oscuros que nos hundan en la incertidumbre (¿Quién sabe qué sobre ti? ¿Cuánto saben? ¿Cómo te afecta ese conocimiento?) está quizá más próxima a lo que ocurre en las bases de datos del mundo actual (como han afirmado Daniel Solove y otros) ¹¹ pero, al igual que en Orwell, se trata siempre en primer lugar de agentes del Estado. Otra metáfora más antigua procede de Jeremy Bentham, el reformador utilitarista de las prisiones, que inventó una palabra construida a partir del griego para formar «panóptico», la cual designa «un lugar desde el que se ve todo». Pero esto no fue una ficción. Era un plan, un diagrama, un diseño arquitectónico. Y aún más que eso. Se planteaba como una «arquitectura moral», una fórmula para remodelar el mundo.

Este diseño panóptico es el que mejor conecta el mundo del conocimiento con la vigilancia, y no sólo gracias a Bentham, sino también gracias a Michel Foucault, quien a mediados del

siglo xx vio en él el elemento central de lo que Bauman llama la modernidad sólida. Foucault se centró en la disciplina del diseño anóptico, o «el entrenamiento de la mente», que produce trabajadores obedientes. Para Bauman, Foucault utiliza el diseño panóptico como una «archimetáfora del poder moderno». Los presos en una estructura panóptica «no pueden moverse porque todos están bajo vigilancia; se tienen que mantener en los sitios que les han asignado porque no saben, y no tienen manera de saber, dónde se encuentran los vigilantes, que se mueven libremente». ¹² Hoy en día, sin embargo, esta rigidez en la fijación de los cuerpos se ha disuelto hasta tal punto que (llamemos o no a esta fase «modernidad líquida») «estamos también, quizá más que nada, en una fase *post-panóptica*». Si entonces se podía asumir que el inspector del diseño panóptico estaba presente (en algún lugar), en las relaciones de poder de hoy en día los que detentan las palancas del poder «pueden en todo momento hacerse inalcanzables, vivir en una pura inaccesibilidad». ¹³

Bauman y yo pensamos (y no necesariamente por las mismas razones) que se le atribuye mucho al modelo panóptico, y parte de nuestro proyecto presente es aclarar las principales implicaciones prácticas de algo que puede aparecer de entrada como un debate académico abstracto. Al igual que las palabras «Gran Hermano» siguen estimulando la imaginación de aquellos a los que les preocupa un Estado con poderes excesivos, también la descripción del diseño panóptico nos sigue aportando pistas sobre cómo opera la vigilancia en el siglo XXI. Si Bauman está en lo cierto, entonces se ha acabado la era del «compromiso mutuo» en la que se enfrentaban empresarios y empleados: el nuevo espectáculo es un drama más elusivo en el que «el poder puede moverse con la rapidez de una señal electrónica».

Los desafíos que plantea esta situación son tremendos. De entrada, la nueva vigilancia, basada en el procesamiento de la

información, más que en lo que afirmaba Foucault,¹⁴ permite una nueva transparencia en la que no solamente los ciudadanos como tal sino todos nosotros, en cada uno de los roles que asumimos en nuestra vida cotidiana, somos constantemente controlados, observados, examinados, evaluados, valorados y juzgados. Pero no ocurre lo mismo en el sentido contrario. A medida que los detalles de nuestra vida cotidiana se hacen más transparentes para los organismos que nos vigilan, más difícil resulta discernir cuáles son sus propias actividades. A medida que el poder se mueve con la velocidad de las señales electrónicas en la fluidez de la modernidad líquida, el grado de transparencia crece para unos y disminuye para otros.

Sin embargo, este efecto no es necesariamente intencionado, ni por supuesto fruto de una conspiración. Parte de la opacidad de la nueva vigilancia tiene que ver con su carácter altamente sofisticado y los complejos flujos de datos dentro de y entre las distintas organizaciones. Otra parte se debe al nivel de secreto que envuelve la «seguridad nacional» o la competencia comercial. Por último, en lo que Bauman llama «el mundo post-panóptico de la modernidad líquida» gran parte de esa información personal que conseguían con tanto esfuerzo esas organizaciones ahora se la proporciona la gente, al usar su móvil, al comprar en los centros comerciales, al viajar por vacaciones, en los lugares de ocio o al navegar por internet. Pasamos nuestras tarjetas, repetimos nuestros códigos y mostramos nuestro documento de identidad de manera rutinaria, automáticamente, por voluntad propia.

Ahora bien, esto no lo explica todo. Porque al igual que existen profundas consecuencias sociales y políticas que se desprenden del panopticismo moderno, esas consecuencias sirven también a los amplios poderes post-panópticos de la modernidad líquida. Y si bien la pérdida de privacidad es la primera cosa en la que pensamos cuando se trata de vigilancia, la

privacidad no es probablemente la pérdida más significativa. No se pueden ignorar los problemas que plantean el anonimato, la confidencialidad y la privacidad, pero éstos están relacionados con otros aspectos como la imparcialidad y la justicia, las libertades civiles y los derechos humanos. Porque, como veremos, la *clasificación social* es lo primero que consigue la vigilancia en la actualidad, para bien o para mal.¹⁵

Por supuesto, existen ciertas continuidades entre las formas del poder de vigilancia más antiguas y las más recientes; cada una actúa para repartir oportunidades, recompensas y privilegios. Los principios del modelo panóptico sirvieron en el pasado para mantener la jerarquía y la distinción de clase, tanto en los hogares y en las escuelas como en las fábricas y en las cárceles.¹⁶ Asimismo, y de manera paradójica, las corrientes y los torbellinos de la modernidad líquida de hoy pueden parecer arbitrarios y aleatorios, pero la lógica de la estadística y el *software* que organiza la vigilancia en la actualidad produce resultados extraordinariamente congruentes. Y no solamente —y de manera aterradora— descubren los «árabes» y los «musulmanes» que son objeto de muchos más controles «aleatorios» que los demás viajeros en los aeropuertos, sino que también, como demostró Oscar Gandy, la clasificación social que consiguen los que utilizan la vigilancia actual construye un mundo de «desventajas acumulativas».¹⁷

Pero nos estamos adelantando. Sugiero que el concepto de modernidad líquida ofrece un contexto más amplio para analizar la vigilancia que el mero desarrollo de la tecnología o el crecimiento del alcance del poder. La vigilancia, que aparece como una institución social clave de los tiempos modernos, comparte algunas formas y algunos elementos con las formas emergentes de la modernidad que Bauman llama «líquida». Por ello una de las vías para observar los nuevos patrones de la vigilancia reside en explorar sus vínculos con la modernidad líquida.

CONVERSANDO JUNTOS

Las conversaciones que siguen a continuación abordan una serie de tensiones y de paradojas en la vigilancia contemporánea, utilizando como perspectiva la metáfora «líquida» descrita anteriormente. Empezamos entonces el viaje justo donde estamos ahora, en el mundo de las relaciones mediadas por la electrónica. Bauman publicó un texto, con su ironía habitual, en el verano de 2011, «On never being alone again», que trataba de los drones de vigilancia y las redes sociales, y este tema nos llevó directamente al núcleo del asunto. Los drones pueden ser tan diminutos como un colibrí, pero el néctar que buscan son imágenes con una resolución cada vez mayor de lo que encuentran a su paso. Pero ¿por qué preocuparse por ello? De hecho, ya atentamos contra nuestro anonimato en Facebook y en otros medios sociales. Lo privado es ahora público, y puede ser celebrado y consumido por innumerables «amigos» y algún que otro «usuario».

Sin embargo, como ya señalamos antes, no podemos eludir la cuestión de las dimensiones post-panópticas de la modernidad líquida y tendremos que entrar de lleno en este debate. Eso significa situar nuestra discusión en torno al contraste entre la inamovilidad y la orientación espacial de la vigilancia sólida moderna frente a las señales dinámicas y cambiantes de las formas fluidas de hoy en día. ¿Hasta qué punto debemos seguir a Foucault, y en qué punto es preciso actualizarlo, ampliarlo o repudiarlo? Estas conversaciones también hilvanarán diversos temas: la relación de la metáfora con el concepto, los debates con Deleuze, Derrida y Agamben y, por supuesto, las repercusiones éticas y políticas de nuestras elecciones teóricas y conceptuales.

Por otra parte, también abordaremos las dimensiones tecnológicas, o más bien tecnosociales, de la vigilancia actual y, de

nuevo, volveremos atrás para recordar el legado terrible y ambivalente de la modernidad sólida que expuso Bauman en *Modernidad y holocausto* (2011). ¿Es posible que la organización meticulosa, la cuidadosa separación entre el burócrata y su víctima, y la eficacia mecánica de las operaciones realizadas en los trenes de ganado humano y en los campos de la muerte esté consagrada ahora no a la violencia física, sino a la clasificación de poblaciones por categorías para recibir un trato diferente? ¿Cómo producen las tecnologías electrónicas y las tecnologías en red esas consecuencias menos sangrientas pero no menos insidiosas, especialmente en el caso de los grupos ya marginados? En la actualidad, la lejanía, el distanciamiento y la automatización desempeñan cada uno su papel, asistidos por las computadoras.

Otra conversación aborda las formas de vigilancia relacionadas especialmente con la seguridad. En todo Occidente, el 11-S ha servido para amplificar las obsesiones existentes sobre seguridad y riesgo, si bien los acontecimientos del 11-S se interpretaron de manera bastante distinta a lo largo y ancho del mundo. Renunciamos aquí a la idea simplista de que las libertades civiles y la seguridad interactúan en un juego de suma cero o que solamente aquellos que tienen «algo que esconder» tienen algo que temer. Y enviamos una sonda para descubrir el complejo emergente de la vigilancia-seguridad, en el que la subcontratación de datos y la búsqueda de nuevos medios para su obtención conforman el mundo de la adquisición de datos y de las agencias de inteligencia, y en el que siguen dominando las armas clásicas del miedo y la sospecha.

Y en el caso de que se pregunten qué ha pasado con los temas baumanianos del consumismo y de la reproducción de la pobreza,¹⁸ que sepan que antes de acabar hablaremos de ello, a la vez que comprobaremos su importante relación con la vigilancia. Bauman ha demostrado una y otra vez cómo el consumo

está en simbiosis con la producción de las divisiones sociales y también de las identidades sociales. Lo paradójico aquí reside en que, mientras el consumismo implica la placentera seducción de los consumidores, esta seducción es el resultado de la vigilancia sistemática a gran escala. Si este hecho no resultaba obvio con las anteriores bases de datos orientadas al marketing, la aparición de Amazon, Facebook y Google muestra cuál es la situación actual. Pero de nuevo, aquí, nos estamos anticipando.

Cada tema planteado en esta conversación hace que surjan preguntas, no sólo sobre un correcto análisis de la vigilancia —¿es líquida?, ¿qué diferencia hay?—, sino también sobre los apremiantes desafíos éticos que acompañan ese análisis. Aprovechando los análisis de Bauman en *Ética posmoderna* (2003) y en otras obras, nos preguntaremos hasta qué punto la ética establecida o incluso normativa sirve para tratar con las realidades de la vigilancia contemporánea. ¿En qué medida son estas éticas capaces de integrar las pujantes realidades políticas de la vigilancia, tanto en las exigencias del gobierno para conseguir un acceso ilimitado a los datos personales de los proveedores de servicios de internet, como en la utilización de historiales médicos para retirar la cobertura del seguro a algunos pacientes?

La última conversación, sobre «empoderamiento y esperanza» nos lleva más allá de la vigilancia líquida (de hecho, las demás conversaciones también lo hacen, ¡no hemos podido evitarlo!). Pero los temas que abordamos en ella habían surgido varias veces en las conversaciones anteriores y hemos intentado tratarlos con mayor profundidad en esta conversación. Debo confesar que al llegar a este punto fui encontrando nuestras conversaciones transatlánticas cada vez más estimulantes —por no decir electrizantes— y esperaba las respuestas en vilo. Al mismo tiempo, cuando llegaban las aportaciones de Bauman (he de reconocer que con mayor rapidez que las mías), me preguntaba con cierta perplejidad cómo habíamos llegado a ese

punto en la conversación. Pienso que, francamente, había cosas que mi querido amigo quería decir mientras que, por más que lo presionaba, no quería hablar de otras. Y me parece bien. Lo respeto al máximo por ello.

En todo este diálogo debo destacar que nos exploramos mutuamente, compartimos ideas y conocimientos, impulsados por la convicción general de que la teoría de la modernidad líquida aporta claves vitales para entender la vigilancia en la actualidad. Pero si bien estuvimos de acuerdo sobre los principales asuntos que tratamos, discrepamos sin embargo sobre algunos puntos importantes. A pesar de ello, coincidimos en que valía la pena discutirlo.

DAVID LYON